

MODELOS DE MUJER EN LA OBRA DE SIMONE DE BEAUVOIR. UN ANÁLISIS ETNOLITERARIO

SONIA CAJADE FRÍAS
Universidad Complutense de Madrid

Resumen

El objeto de este artículo es analizar, desde el punto de vista de la etnoliteratura y de la ética, algunos de los más importantes arquetipos femeninos que aparecen en los escritos de Simone de Beauvoir, principalmente en su relato “La mujer rota” y en el ensayo filosófico *El segundo sexo*. El propósito de este trabajo es contribuir a la deconstrucción de determinados modelos de mujer característicos de la sociedad patriarcal, basados en relaciones de desigualdad, dominación y heteronomía. Se trata también, al mismo tiempo y a partir del anterior análisis, de proponer nuevos modelos de identidad sobre la base de una ética igualitaria, que promueva el desarrollo moral de todos los individuos, independientemente de su sexo, condición necesaria para el desarrollo de relaciones de verdadera amistad, calidad moral y enriquecimiento mutuo entre los distintos individuos, sean estos hombres y/o mujeres.

Palabras clave: arquetipos femeninos, etnoliteratura, identidad, igualdad, libertad, autonomía, dependencia, dominación, desarrollo moral.

Abstract

The aim of this paper is to analyze, from Ethnoliterature and Ethics, the main feminine archetypes that appear in Simone de Beauvoir’s work, mainly in her story “The Woman Destroyed” and in her philosophical essay *The Second Sex*. The aim of this paper is also to contribute to the deconstruction of certain patterns of women, typical of the patriarchal society, based on relationships of inequality, domination and heteronomy. The objective is also, at the same time and from the previous analysis, to propose new patterns of identity on the basis of equalitarian Ethics, in order to promote the moral development of all individuals, independently of their sex, necessary condition for the construction of authentic relationships of friendship, moral quality and mutual enrichment between any individuals, men and/or women.

Recibido: 12/01/2009. Aceptado: 18/02/2009.

Keywords: feminine archetypes, ethnoliterature, identity, equality, freedom, autonomy, dependency, domination, moral development.

¿Cómo vamos a encontrar en ella audacia, ardor, magnanimidad, grandeza? Estas cualidades sólo aparecen en caso de que una libertad se lance a través de un futuro abierto, que emerja más allá de todo lo dado. Encierran a la mujer en una cocina o un tocador y se asombran de que su horizonte esté limitado; le cortan las alas y deploran que no sepa volar. Si se le abre el futuro, ya no estará obligada a instalarse en el presente.

La mujer libre está naciendo ahora (...) Lo que está claro es que hasta ahora las posibilidades de la mujer han estado ahogadas y perdidas para la humanidad y que ha llegado el momento, en su interés y en el de todos, de que por fin puedan disfrutar de sus oportunidades.

Simone de Beauvoir, El segundo sexo, p. 765 y p. 885

¿QUÉ significa ser mujer? ¿Existe realmente una “condición femenina”? ¿Es ésta algo natural, algo dado de alguna forma por naturaleza –y, por tanto, algo necesario– o es por el contrario algo construido cultural y socialmente, esto es, históricamente –y, por tanto, algo contingente y arbitrario? ¿Qué supone en la vida de un individuo el hecho de “ser mujer”? ¿Sería su vida distinta si hubiera nacido varón? Estas preguntas se sitúan en el comienzo de la reflexión que Simone de Beauvoir (1908-1986) lleva a cabo sobre la condición de la mujer, principalmente en el contexto de las sociedades occidentales del siglo XX, a través de su obra filosófica, literaria y autobiográfica.

El objeto de este trabajo es analizar algunos de los principales arquetipos femeninos que aparecen en los escritos de Simone de Beauvoir, principalmente en su relato “La mujer rota” (1968) y en su ensayo filosófico *El segundo sexo* (1949). En la obra de esta pensadora existe una estrecha relación entre sus escritos literarios, filosóficos y autobiográficos y el contexto sociocultural en el que se enmarca su vida, de tal modo que, como señala Amparo Ariño, las novelas de Beauvoir “son testimonio de sus propias vivencias y de su reflexión sobre el mundo entorno, sobre su tiempo y sobre la vida humana que ella presencia” (1997, p. 196), al tiempo que sus obras autobiográficas “no sólo son el reflejo de sus experiencias vividas, sino también el testimonio de la época que le tocó vivir, las circunstancias históricas y políticas no sólo francesas o europeas, sino mundiales” (1997, p. 197). Según la propia S. de Beauvoir, “you write with everything you are, including political opinions, including your situation as a woman. You write on the basis of your situation, even if you don’t talk about it” (Susan J. Brison, 2003,

p. 195). Sin embargo, la misma pensadora también puntualiza que esto no quiere decir que sus novelas tengan que ser necesariamente autobiográficas; como en el caso de otras de sus obras literarias, de acuerdo con Beauvoir “in *The Woman Destroyed*, I told the story of a woman very different from myself. In the monolog and in my depiction of the “broken woman” I was actually inspired by women I’d known, whom I’d met, whose plight I have seen up close, for example, in the drama of breaking up. But at that point I was no longer engaged in autobiography, in remembering the past. I also try to describe, to grasp, the world as I see it, as I sense it” (Id.).

“La mujer rota” constituye uno de los relatos que, junto con “La edad de la discreción” y “Monólogo”, fueron recopilados en la obra de Simone de Beauvoir *La mujer rota* (1968). El primero de estos relatos cuenta en forma de diario la historia de Monique, una mujer de cuarenta y cuatro años que, después de veintidós años de matrimonio, se entera de que su marido, Maurice, le es infiel con otra mujer, Noëllie. El relato narra así la historia de una infidelidad, pero también y de modo paralelo, el proceso de (auto-)destrucción –y posibilidad de re-construcción– por el que discurre desde ese momento la vida de Monique, a través del cual se va quebrando progresivamente su identidad y el mundo de certezas en apariencia sólidamente contruidos, acorde con las consignas de la moral burguesa en la que ha sido educada, y en las cuales se había apoyado hasta el momento la construcción de su propia identidad. Como ponen de manifiesto Edgard Fullbrook y Kate Fullbrook, los tres relatos incluidos en *La mujer rota* “are linked in their attention to women’s suffering as they face different crises all related to their delusions about themselves and their feminine roles” (1998, p. 139), abordando a través de diferentes formas de discurso temas comunes a los que analiza su autora en *El segundo sexo*: “all three stories are concerned with isolation and failure for women who lose their illusion of reciprocity with the men who are their husbands. The collection also draws on ideas from *The Second Sex* in its treatment of the dependent position of women, and the dangers to them if they acquiesce in it” (Id.).

El tiempo en el que se desarrolla la historia tiene una duración de cinco meses y coincide con el de la escritura del diario de Monique, desde un lunes trece de septiembre hasta el veinticuatro de marzo del siguiente año. La protagonista de la historia va narrando en primera persona lo que va ocurriendo en el tiempo presente, con algunas regresiones al pasado donde evoca especialmente momentos compartidos por la pareja en forma de recuerdos. El espacio y tiempo histórico se localiza principalmente en la ciudad de París en un contexto contemporáneo y burgués.

Monique procede de una familia burguesa, es ama de casa y dejó sus estudios al casarse con Maurice, médico de profesión, con el que tuvo dos hijas, Lucienne y Colette. Desde hace diez años Maurice se ha especializado dentro de la medicina en la investigación, y ahora trabaja en un laboratorio con otros colegas; antes de especializarse, Monique ayudaba a su marido en el trato con los pacientes. Ambos viven en París y Monique ha dedicado su vida al cuidado y atención de su marido y de sus dos hijas, por lo que cualquier otra tarea o afición fuera de esta “moral del cuidado”—como ha sido conceptualizada por Carol Gilligan (1982)— carece de sentido para ella: “Ésta es una de las razones (la principal) por las cuales no tengo ningunas ganas de atarme a una tarea: difícilmente soportaría no estar totalmente a disposición de quienes me necesitan” (Beauvoir, 1968, p. 142). Como ella misma pone de manifiesto, al haberse ido sus dos hijas a vivir fuera de la casa familiar, Monique sufre de algún modo el síndrome del “nido vacío” y el propio espacio se le presenta paralelamente como algo duro, vacío y opresivo: “¡Qué duro es París! Aún en estos pegajosos días de otoño esa dureza me oprime. (...) me doy cuenta de que Lucienne ya no vivirá nunca más aquí. La casa estará tranquila, pero muy vacía. Me atormento sobre todo por Colette” (Ibid., pp. 141-142).

El relato aparece narrado a través del diario que comienza a escribir Monique un 13 de septiembre en Las Salinas, donde está pasando unos días de viaje con su marido, lo que simboliza de algún modo el inicio del proceso de introspección o viaje interior que recorrerá la protagonista a lo largo de esta historia. Dos días antes de conocer la infidelidad de su marido, tras su estancia en Las Salinas, Monique vuelve sola al apartamento que comparten en París y entonces siente en este espacio la premonición de lo que está a punto de ocurrir y de los sentimientos que va a experimentar en la próxima etapa de su vida. Comienzan a establecerse en este sentido para ella y la construcción de su identidad un “antes” y un “después” que supondrán una marca importante dentro de su trayectoria vital. El espacio está para ella “vacío”, las “habitaciones desiertas”:

La ventana estaba a oscuras. Me lo esperaba. Antes (¿antes de qué?), cuando por excepción yo salía sin Maurice, al volver había siempre un rayo de luz entre las cortinas rojas. Yo subía los dos pisos corriendo, tocaba el timbre, demasiado impaciente para buscar mi llave. Subí sin correr, metí la llave en la cerradura. ¡Qué vacío estaba el apartamento! ¡Qué vacío está! Evidentemente, puesto que no hay nadie dentro. Pero no, de costumbre, cuando regreso a casa, encuentro a Maurice, aun en su ausencia. Esta noche las puertas se abren ante habitaciones desiertas. Las once. (...)

Tengo miedo, y Maurice no está aquí. Ya lo sé. Es preciso que sus investigaciones lleguen a su fin. Así y todo, estoy enfadada con él. «¡Te necesito y no estás aquí!». Tengo ganas de escribir estas palabras sobre un papel que dejaría a la vista en el vestíbulo, antes de irme a acostar. Si no, me callaré, como ayer, como anteayer. Él estaba siempre aquí cuando tenía necesidad de él. (Ibid., pp. 143-144).

Trece días después de comenzar su diario, el 26 de septiembre, Monique recibe la noticia, a través de su propio marido, de que éste tiene una amante: “Así que ocurrió. Me ocurrió” (Ibid., p. 147). Al día siguiente escribe en su diario lo sucedido: ella le pregunta si hay otra mujer en su vida, a lo cual responde afirmativamente, según él desde hace cinco semanas. Monique se trata entonces de controlar, de reprimir la cólera que siente, de justificar lo sucedido como algo “normal” e incluso agradecer la franqueza que le parece que él ha mostrado hacia ella al contárselo: “¡Pues sí! Me sucedió. Es *normal*. Debo persuadirme de eso y controlar esta cólera que me ha sacudido durante todo el día de ayer. Maurice me ha mentado, sí; eso también es normal. Hubiera podido continuar en lugar de hablarme. Aunque tardía, debo agradecerle su franqueza” (Ibid., p. 147).

-¿Qué sucede? ¿Hay una mujer en tu vida?

Sin dejar de mirarme, dijo:

-Sí, Monique, hay una mujer en mi vida.

(Todo era azul encima nuestro y bajo nuestros pies; a través del estrecho se percibía la costa africana. Él me abrazaba. «Si me engañaras, me mataría.» «Si tú me engañaras, no tendría necesidad de matarme. Moriría de pena.» Hace quince años. ¿Ya? ¿Qué son quince años? Dos y dos suman cuatro. Te amo, no amo a nadie sino a ti. La verdad es indestructible, el tiempo no la modifica en nada). (Ibid., pp. 148-149).

Los recuerdos pasados comienzan así a superponerse en la vida de Monique con los acontecimientos que sobrevienen ahora en su vida en el presente, y a los que ella no sabe en un principio cómo darles un sentido y una continuidad dentro de su historia vital.

La primera reacción de Monique al conocer la infidelidad de Maurice es de estupor, necesita tiempo para encajar la nueva noticia que va a suponer una quiebra en su anterior vida. Pero la segunda reacción es de cólera y rencor, emociones que ahoga finalmente abrazando de nuevo las represiones aprendidas de la moral burguesa en la que ha sido socializada: “La cólera me despertó temprano. (...) (En agosto, durante mi ausencia, ella se despertó a su lado: ¡no logro creerlo! ¿Por qué acompañé a Colette a la

montaña?) ¡Durante cinco semanas me ha mentido! (...) «Esta noche hemos dado un gran paso adelante.» Y volvía de casa de Noëllie. Tuve ganas de sacudirlo, de insultarlo. Me dominé. (...) Caminé al azar por las calles, obsesionada por estas palabras: «Me ha mentido». Se me atravesaban las imágenes: la mirada, la sonrisa de Maurice para Noëllie. Las ahuyentaba. No la mira como me mira. No quería sufrir, no sufría, pero el rencor me sofocaba: «¡Me ha mentido!».” (Ibid., p. 150).

Consciente de que no ha vivido más que para él, siente en este primer momento que tendría derecho a exigirle a él que cumpliera con su compromiso y dejase a la otra mujer: “Él me colmó, no he vivido más que para él. ¡Y él, por un capricho, ha traicionado nuestros juramentos! Me decía a mí misma: exigiré que rompa, enseguida...Fui a casa de Colette; todo el día me ocupé de ella, pero interiormente hervía. Regresé a casa, agotada. «Voy a exigir que rompa.» ¿Pero qué significa la palabra «exigencia» después de toda una vida de amor y cordialidad? Nunca he pedido para mí nada que no quisiera también para él” (Ibid., p. 151).

Monique pide ayuda a su amiga Isabelle, que le aconseja paciencia, que aguante, pues considera “normal” que un hombre, después de tantos años de matrimonio, tenga una aventura:

Y fui a ver a Isabelle. Me ayudó, como siempre. (...) Me ha aconsejado tener paciencia. Siente mucha estima por Maurice. Le parece natural que haya querido tener una aventura, excusable que al principio me lo haya ocultado; pero seguramente se cansará pronto del asunto. Lo que da atractivo a ese tipo de asuntos es la novedad; el tiempo trabaja en contra de Noëllie; el prestigio que ella pueda tener a los ojos de Maurice se desvanecerá. Eso sí, si quiero que nuestro amor salga indemne de esta prueba, no tengo que hacerme la víctima ni la energúmena. «Sé comprensiva, sé alegre. Antes que nada, sé amistosa», me dijo. Es así como ella reconquistó a Charles. (...) Que un hombre tenga una aventura después de veintidós años de matrimonio, Isabelle tiene razón, es normal. Yo sería la anormal (infantil, en suma) no admitiéndolo. (Ibid., pp. 152-153).

Siguiendo los consejos de Isabelle, Monique conviene en que es ella la que tiene que hacer los esfuerzos por recuperar a su marido: “Esta noche salgo con Maurice. Consejos de Isabelle y del correo del corazón: para recuperar a su marido, sea hermosa, elegante, salgan solos los dos” (Ibid., pp. 153-154). Isabelle es, pues, como Monique, otra variante del “ángel del hogar”, y su vida está dedicada también al cuidado del espacio doméstico, de su marido ingeniero y su hijo; como Monique, dejó también los estudios al casarse. Con el fin de que su marido deje a su amante y vuelva con ella,

Monique sigue, aconsejada por esta amiga, lo que denomina la *táctica de la sonrisa*, lo que supone que ellas, las mujeres, tienen siempre que ser encantadoras, agradar al hombre, reprimir sus sentimientos de cólera o enfado, ser conciliadoras y optar siempre por la armonía, aunque sea a costa de ahogar sus verdaderas ideas y emociones: “Le dije [a Isabelle] que había adoptado fácilmente la táctica de la sonrisa, ya que estoy convencida de que efectivamente esta historia no cuenta tanto para Maurice. «Nada ha cambiado entre nosotros dos», me dijo anteayer” (Ibid., pp. 155-156). Monique sigue creyendo todavía en las palabras de Maurice.

Si Monique e Isabelle aparecen en este relato como el arquetipo del “ángel del hogar”, cuidadora del espacio doméstico, de su marido y su prole, fiel y permanentemente sonriente, Noëllie representa, al menos a los ojos de Monique el otro extremo, el arquetipo de *femme fatale*, de mujer seductora, frívola e interesada, que ejerce un encanto irresistible en los hombres, a los que al parecer usa y abandona a su antojo.

-¿Quién es?

-Noëllie Guérard.

-¡Noëllie! ¿Por qué?

Alzó los hombros. Evidentemente. Yo sabía la respuesta: bonita, brillante, seductora. El tipo de aventura sin consecuencias y que halaga a un hombre. ¿Necesitaba ser halagado? (Ibid., p. 149).

Noëllie Guerard, la amante de Maurice, es una abogada divorciada de treinta y ocho años que tiene una hija adolescente. Así justifica Monique en un primer momento la infidelidad de Maurice:

(...) es lo que yo suponía; Noëllie es una abogada brillante y devorada por la ambición; es una mujer sola (divorciada, con una hija) de costumbres muy libres, mundana, muy a la moda: justo lo contrario de mí. Maurice tuvo ganas de saber si podía gustar a ese tipo de mujer. «Si yo quisiera...»: me planteaba esa pregunta cuando flirteaba con Quillan; el único ligue de mi vida, y enseguida lo terminé. En Maurice, como en la mayoría de los hombres, dormitaba un adolescente nada seguro de sí mismo. Noëllie lo tranquilizó. Y es también evidentemente una cuestión epidérmica: ella es apetecible” (Ibid., pp. 154-155).

Siguiendo la “táctica de la sonrisa”, de la paciencia y el aguante, y confiada en el carácter efímero de la relación extra-matrimonial de su marido, Monique va haciendo progresivamente más concesiones a Maurice: primero permite que pase el día entero con Noëllie, más tarde también algunas noches. Pero pronto la “táctica de la sonrisa” comienza a resquebrajarse y Monique

empieza a dejar de reprimir su enfado, tras lo cual se arrepiente y termina por ceder, de tal modo que sigue justificando la infidelidad de su marido, por el hecho de ser un hombre y tener ciertas “necesidades naturales”:

Por primera vez he reaccionado mal. A la hora del desayuno. Maurice me dijo que de ahora en adelante, cuando salga por la noche con Noëllie, se quedará toda la noche en su casa. «Es más decente tanto para ella como para mí», asegura él.

-Ya que aceptas que tenga este lío, déjame vivir correctamente.

Teniendo en cuenta la cantidad de tardes que pasa en el laboratorio, la cantidad de almuerzos que se salta, dedica a Noëllie casi tanto tiempo como a mí. He protestado. Me ha aturdido con cálculos. (...)

He terminado por ceder. Puesto que he adoptado una actitud comprensiva, conciliadora, debo atenerme a ella. No hacerle frente. Si le arruino su aventura, la embellecerá a distancia, tendrá nostalgia. Si le permito vivirla «correctamente» se cansará pronto. Es lo que Isabelle me ha asegurado. Me repito: «Paciencia».

Con todo, tengo que reconocer que a la edad de Maurice una historia epidérmica es algo que cuenta. (Ibid., pp. 158-159).

Monique va a ver también a Conturier, amigo de Maurice, con el fin de que “le dé el punto de vista de un hombre acerca de esta situación” (Ibid., p. 225), para quien también es “normal” la infidelidad en un marido que lleva tantos años de matrimonio, pues en su opinión “el hombre necesita cambios más que la mujer. Una infidelidad de catorce años ya es algo muy escaso. Mentir es normal: uno no quiere causar pena” (Ibid., p. 226), y también le dice que “seguramente que Maurice todavía me quiere: se puede querer a dos personas de diferentes modos... Todos os explican lo que es normal, es decir lo que sucede a los demás” (Id.).

Sin embargo, Monique no consigue representar permanentemente esa moral de la sonrisa, del aguantar, del sacrificio, de la paciencia, en la que ha sido educada y cuyo entorno social corrobora. Así, después de una semana de reprimir sus sentimientos, comienza a acusar el sufrimiento y los celos que le producen el hecho de la infidelidad de su marido y las reacciones que a ella le produce este hecho:

Están en pijama, beben café, sonríen...Esta visión me lastima. Cuando uno se golpea contra una piedra, al principio siente el golpe; el sufrimiento viene después: con una semana de retraso, empiezo a sufrir. Antes, estaba más bien estupefacta, alejaba ese dolor que esta mañana me asalta: las imágenes. Doy vueltas por el apartamento; a cada paso invoco otra imagen. He abierto su armario. He mirado sus pijamas, sus camisas, sus cal-

zoncillos, sus camisetas; y me he echado a llorar. Que otra pueda acariciar su mejilla contra la suavidad de esa seda, la ternura de ese pulóver, no lo soporto. (Ibid., pp. 159-160).

Pero, tras ser consciente, siempre a través de su diario, de estas emociones que la embargan de sufrimiento, y buscando una explicación de las causas de lo sucedido, ella misma se hace responsable moralmente de la infidelidad de él, ella, piensa, no ha puesto suficiente “cuidado”:

No he tenido cuidado. Pensé que Maurice se estaba volviendo un hombre mayor, que trabajaba en exceso, que yo tenía que adaptarme a su tibieza. Empezó a considerarme algo así como una hermana. Noëlle ha despertado sus deseos. Que tenga o no temperamento, con seguridad que sabe cómo comportarse en la cama. Él ha vuelto a encontrar la orgullosa alegría de colmar a una mujer. Acostarse no es solamente acostarse. Entre ellos hay esa intimidad que no pertenecía sino a mí. Al despertar, ¿la cobijará en su hombro llamándola mi gacela, mi pájaro del bosque? ¿O le ha inventado otros nombres que le dice con la misma voz? (...) Me están serrando el corazón con un serrucho de dientes muy agudos. (Ibid., p. 160).

Monique ha sido educada en la moral del sacrificio, de dar todo por los demás, por su marido y sus hijas. En su vida no ha dedicado tiempo a desarrollar un espacio personal, una vida propia: “Cuando uno ha vivido tanto para los demás, es un poco difícil reconvertirse, vivir para sí mismo. (...) cuánta necesidad tenía yo de la necesidad que mis hijas tuvieron de mí” (Ibid., p. 162). Una “forma de egoísmo”, como ella misma describe, que es legitimada regularmente por su marido: “«Eres maravillosa –me decía Maurice (me lo decía tan frecuentemente con un pretexto u otro)–, porque al dar gusto a los otros te das gusto a ti.» Yo me reía: «Sí, es una forma de egoísmo». Esa ternura en sus ojos: «La más deliciosa que existe»” (Id.).

Dentro de la estructura de deseos o fuerzas actanciales que se desarrollan en “La mujer rota” y que se van desplegando a lo largo de la historia, Maurice trata de conservar ambas relaciones, la de su mujer y su amante, en un difícil equilibrio –este es su deseo o actante-objeto¹. Pero para Monique su deseo es que Maurice se acabe cansando y olvidando a Noëlle, que deje a su amante y vuelva a estar solamente con ella y que así, de algu-

1 “-¡Bueno! Con todo hay algo que quisiera saber: ¿cómo ves nuestro futuro?

Se calló. Lo había puesto entre la espada y la pared.

-No quiero perderte. Tampoco quiero renunciar a Noëlle. En cuanto al resto, nada...” (Ibid., p. 236).

na manera, todo vuelva a ser como antes. Estas son las fuerzas actanciales o deseos enfrentados que entran en conflicto en esta historia, desarrollada además en un ambiente burgués en el cual las infidelidades del marido son bastante permitidas dentro de este contexto social. A la mujer le corresponde “aguantar” algo que de algún modo se considera “normal” en un marido después de tantos años de matrimonio. Monique trata de seguir en este sentido los consejos de su amiga Isabelle, seguir siendo dócil y encantadora “ángel del hogar” con su marido, permitiéndole su infidelidad, reprimiendo sus sentimientos de cólera que en realidad le producen. Monique comienza a pensar que su “primer impulso era el acertado; hubiera debido ponerle fin inmediatamente, decir a Maurice: o ella o yo” (Ibid., p. 167), pero también confiesa que acto seguido que “no fui capaz de hacerlo” (Id.). Es consciente de que su estrategia ha sido hasta el momento ceder y seguir cediendo a los deseos de él, pues es a lo que ha estado siempre acostumbrada: “Mis deseos, mis voluntades, mis intereses nunca se han diferenciado de los suyos (...) Ahora sería preciso alzarme directamente en su contra. No tengo fuerzas para empezar ese combate (...) Lo más amargo es que Maurice casi no parece agradecerme” (Ibid., p. 168). Y Monique sigue preguntándose si la solución residirá en ser todavía más permisiva con él, todavía más encantadora: “¿Sería preciso ser aún más comprensiva, más indiferente, más sonriente? ¡Ah!, ya no sé nada” (Id.).

Por su parte, Monique sigue haciéndole concesiones a Maurice, que esta vez le pide pasar un fin de semana con su amante. Ella al principio se rebela y se niega, pero inmediatamente se siente “trastornada por haberle negado algo” (Ibid., p. 169). Monique se siente sin derechos, sin legitimidad para exigir y reivindicar sus ideas y sus emociones, lo que siente y lo que piensa, dentro de la moral patriarcal que la ha educado en ser siempre conciliadora y tratar de agradar a los demás, especialmente a los varones:

¿De concesión en concesión, hasta dónde iré? Y por el momento no saco ningún beneficio. Es demasiado pronto, evidentemente. Antes que esa relación se estanque, hay que dejarla madurar. Me lo repito. Y tan pronto me creo prudente, tan pronto me acuso de cobardía. En realidad estoy desarmada porque nunca he imaginado que tendría derechos. Espero mucho de las personas que amo –demasiado, quizá–. Espero y hasta pido. Pero no sé exigir. (Id.).

De este modo, Monique sigue pensando que lo acertado es seguir reprimiendo sus sentimientos: “para no ser inoportuna –o ridícula– debo callar mis aprensiones, reprimir mis impulsos” (Ibid., p. 171). Sin embargo,

durante el fin de semana que Maurice pasa con su amante, Monique experimenta cómo comienza a resquebrajarse su identidad. Ella empieza a fragmentarse y su mundo, antes lleno de certezas, construidas con Él, comienza a desmoronarse. Ese mundo cotidiano, que antes le proporcionaba seguridad, comienza a ser percibido por ella como algo extraño: “Estoy cansada de plantearme preguntas, de ignorar las respuestas. Pierdo pie. Ya no reconozco el apartamento. Los objetos tienen aspecto de imitaciones de sí mismos. La pesada mesa del salón: está vacía. Como si hubieran proyectado a la casa y a mí en una cuarta dimensión. No me sorprendería si al salir me encontrara en una selva prehistórica o en una ciudad del año 3000” (Ibid., p. 172). Monique continúa rompiéndose por dentro, pero sus puntos de referencia para arreglar la situación siguen siendo Isabelle y Diana: “(...) ignoro dónde estoy, contra qué tengo que luchar, si cabe luchar y por qué. En casos análogos, ¿las demás mujeres están tan desamparadas? Isabelle me repite que el tiempo trabaja a mi favor. Quisiera crearla. A Diana, desde el momento en que su marido se ocupa amablemente de ella y de sus hijos, le es indiferente que la engañen o no” (Ibid., pp. 174-175).

En la vida de Monique, han sido siempre los hombres (su padre, su marido) los que han dado nombre y valor a las cosas, también a ella misma, y a partir de esa valoración masculina ella ha construido su concepción de sí misma, su identidad y autoestima. “«Eres de buena calidad», me decía papá orgullosamente. Y Maurice también, en otros términos” (Ibid., p. 191). Así recuerda también cuando hace años le decía Maurice, al compararla con su hermana: “« (...) Tú sí que eres una verdadera alhaja» (...) Decía que yo era auténtica. En todo caso era a mí a quien amaba, y ya no tuve más envidia de mi hermana, estuve contenta de ser quien era” (Ibid., p. 178). Monique se ha dedicado como la moral de su entorno le enseñaba desde niña a la “ética del cuidado”, a ser un “ángel del hogar”, cuidando del espacio doméstico, de sus hijos y de su marido, concibiendo como fin propio y natural de la mujer el matrimonio. Sin embargo, ahora, al atacar a su amante con las habladurías que le cuentan sus amigas Diana e Isabelle, al defender a Noëlle Maurice le reprocha directamente que “las mujeres que no hacen nada no soportan ni el olor de las que trabajan” (p. 176). Monique se siente herida por esta expresión, en la que se siente incluida, y deja de sentirse tan maravillosa a los ojos de él –y automáticamente también ante sí misma– y recuerda que en el pasado Maurice “nunca pensó que no hiciera «nada»; al contrario, se sorprendía de que me ocupara tan seriamente de los casos que él me señalaba sin por eso dejar de cuidar de la casa y seguir de cerca a nuestras hijas; y esto sin parecer nunca tensa o agotada. Las otras mujeres le parecían siempre demasiado pa-

sivas o demasiado agitadas. En lo que a mí respecta, yo llevaba una vida equilibrada; incluso decía: armoniosa. «En ti todo es armonioso» (p. 179).

En *El segundo sexo*, Beauvoir explica cómo en la sociedad patriarcal la mujer se la educa desde el mismo momento en que nace como la *Otra* frente al *Mismo* que sería el varón; esto es, se la socializa en que ella es lo inesencial frente a lo esencial, que es objeto frente al sujeto, inmanencia frente a posibilidad de trascendencia, pasividad frente a acción orientada a fines. De acuerdo con Beauvoir, la mujer “para el varón es esencialmente un ser sexuado: para él, es sexo, así que lo es de forma absoluta. La mujer se determina y se diferencia con respecto al hombre, y no a la inversa; ella es lo insencial frente a lo esencial. Él es el Sujeto, es el Absoluto: ella es la Alteridad” (Beauvoir, 1949, p. 50). Según T. López Pardina, “en Beauvoir la categoría de Otra sirve para explicar la división de la sociedad en dos grandes grupos: el de los hombres, que es el grupo opresor, y el de las mujeres, las Otras, que es el grupo oprimido” (2005, p. 16), de ahí la relación que establece Beauvoir de la relación hombre-mujer con la dialéctica hegeliana del amo y el esclavo, pues “la mujer, como el esclavo, si bien se reconoce como conciencia *dependiente* de aquélla; su identidad le viene concedida en cuanto se reconoce como vasalla del hombre, de lo contrario es poco «femenina». También, como el siervo, la mujer en la sociedad patriarcal –y lo son todas las conocidas– es mediadora entre el hombre y las cosas; es la *Otra* ante la cual el hombre se erige como pura trascendencia, como único ser trascendente” (Id.). De ahí que la identidad de la mujer y su visión del mundo tienda a construirse a partir de la mirada del varón, como le ocurre a Monique en “La mujer rota”. Este hecho la priva de la posibilidad de trascendencia, de orientación de su libertad y capacidad de autonomía hacia la consecución de fines personales, opción reservada únicamente al hombre en la sociedad patriarcal de acuerdo con Beauvoir. Como observa esta autora:

La mujer siempre ha sido, si no la esclava del hombre, al menos su vasalla; los dos sexos nunca han compartido el mundo en pie de igualdad; incluso en nuestros días, aunque su condición esté evolucionando, la mujer sufre grandes desventajas. En casi ningún país del mundo tiene un estatuto legal idéntico al del hombre, y en muchos casos su desventaja es considerable. Incluso cuando se le reconocen unos derechos abstractos, un hábito arraigado hace que no encuentren expresión concreta en las costumbres. Económicamente, hombres y mujeres constituyen casi dos castas. (Beauvoir, 1949, p. 55).

En el relato “La mujer rota”, Monique y Maurice coinciden con Noëllie en una reunión social. De acuerdo con la moral burguesa de “guardar

las apariencias”, Monique se siente orgullosa de su autocontrol: “Me comporté bien, ¡pero con qué esfuerzo! Por suerte, Maurice me había avisado” (Beauvoir, 1968, p. 186). Pero le preocupa “el qué dirán”, lo que puedan pensar sus amigos de esa “pareja ejemplar” que ella felizmente pensaba hasta el momento que representaban ante los demás: “¿Y los otros, sospechan algo? ¡Ah!, yo estaba tan orgullosa de nuestra pareja: una pareja modelo. Demostrábamos que un amor puede durar sin aletargarse. ¡Cuántas veces salí en defensa de la fidelidad integral! ¡Hecha añicos la pareja ejemplar! Se queda en un marido que engaña a su mujer, y una mujer abandonada a la que se miente. Y debo esta humillación a Noëllie” (Ibid., p. 187). Esta moral hipócrita de las apariencias llega al punto de que Monique invita a Noëllie “a tomar una copa en casa la semana próxima. Querría saber quién está al tanto, quién no, desde cuándo. ¿Me tienen lástima, se burlan de mí? Quizá sea mezquina, pero querría que se murieran todos para que desapareciera la lamentable imagen que hoy por hoy se hacen de mí” (Ibid., p. 188).

Poco más tarde, Monique tiene conocimiento de que la relación de Maurice Noëllie no era sólo de cinco semanas, sino de más de un año. Esto la hace hundirse más, cada vez se siente más rota (“hecha pedazos”): “Cada vez creo que ya he tocado fondo. Y después me hundo aún más profundamente en la duda y la desdicha. (...) Esta historia dura desde hace más de un año. (...) yo caía, caía y me encontré completamente hecha pedazos.” (Ibid., pp. 194-195). Ante la sucesión de estos acontecimientos, Monique se siente progresivamente tan “aniquilada”, que comienza incluso a dejar de preocuparse por “el qué dirán”: “¡Todos los amigos estaban al tanto, evidentemente! ¡Oh! ¿Qué importa? Ya no estoy para preocuparme del qué dirán. Estoy demasiado radicalmente aniquilada. Me importa un pito la imagen que puedan hacerse de mí. Se trata de sobrevivir” (Ibid., p. 194).

A pesar de todo, Monique sigue tratando de recuperar a Maurice intensificando todavía más la moral del cuidado que tiene internalizada:

No, no debo tratar de seguir a Noëllie sobre su propio terreno, sino luchar en el mío. Maurice era sensible a todos los cuidados de que yo lo rodeaba, y ahora lo descuido. Pasé el día poniendo orden en los armarios. Coloqué definitivamente la ropa de verano, saqué la naftalina y ventilé los vestidos de invierno hice un inventario, mañana iré a comprarle los calcetines, los pulóveres, los pijama que necesita. También le harían falta dos buenos pares de zapatos: los elegiremos juntos cuando él tenga un momento libre. Es reconfortante, los armarios bien llenos con cada cosa en su sitio. Abundancia, seguridad...Las pilas de finos pañuelos, de calcetines, de pulóveres me dieron la impresión de que el futuro no podía fallarme. (Ibid., p. 203).

Monique trata así de refugiarse en el espacio doméstico del que se siente soberana, tratando de encontrar ahí un sentido y una salvación; sin embargo, como señala Beauvoir en *El segundo sexo*, se trata de un intento fútil que además la condena a la inmanencia:

Lavar, planchar, barrer, localizar las pelusas que se ocultan bajo la noche de los armarios, al detener la muerte, negar también la vida. (...) Toda doctrina de la trascendencia y de la libertad subordina la derrota del mal al camino hacia el bien. Sin embargo, la mujer no está llamada a construir un mundo mejor; la casa, la habitación, la ropa sucia, el parquet son cosas congeladas: sólo puede expulsar indefinidamente los principios negativos que se deslizan en ellas; se enfrenta con el polvo, las manchas, el lodo, la mugre; combate el pecado, lucha con Satán. Es un triste destino, un lugar de volcarse hacia fines positivos, tener que rechazar sin tregua a un enemigo; a menudo el ama de casa lo vive llena de rabia. (1949, p. 581).

La identidad de Monique construida, utilizando los términos de Beauvoir, como *Otra* desde el *Mismo* que representa el varón, en este caso su marido Maurice, va perdiendo su aparente solidez. Monique se veía a sí misma a través de los ojos de Maurice, y en ese espejo ella encontraba reflejada una imagen o identidad de ella misma que la tranquilizaba. Ahora que la mirada de Maurice hacia ella ha cambiado, la identidad de Monique se siente radicalmente tambaleada, y no sabe cómo reconstruirla sino es otra vez buscando de nuevo aquella mirada ya perdida de su marido hacia ella, que ahora ya forma parte del pasado, de los recuerdos –de ahí su insistencia en estos en la escritura de su diario, con los que trata inútilmente de dar un sentido a su presente². El espejo en el que antes se miraba para conocerse y reconocerse a sí misma es ahora un espejo que siente que le juz-

2 “¿Por qué? –se pregunta Monique– Me golpeo la cabeza contra las paredes de esta trampa.” (Ibid., p. 254). Monique relee sus cartas pasadas, intentando recuperar en ellas algo perdido, el amor que duro diez años: “Saqué del armario las cajas donde guardamos nuestras viejas cartas. Todas las frases de Maurice que sé de memoria tienen por lo menos diez años. Es como los recuerdos. Hay que creer entonces que el amor apasionado entre nosotros (por lo menos de él hacia mí) no duró más que diez años, dando a las cosas una resonancia que verdaderamente no tenían. Sin embargo, él tenía las mismas sonrisas, las mismas miradas durante estos últimos años. (¡Oh, si solamente recuperara esas miradas y esas sonrisas!)” (Id.). Como también, por ejemplo: “La otra noche, en sueños, tenía un vestido azul cielo y el cielo era azul. / Esas sonrisas, esas miradas, esas palabras, no pueden haber desaparecido. Flotan en el apartamento. Las palabras a menudo las escucho. Una voz dice en mi oído, muy claramente: «Mi pequeña, mi querida, mi querida...». Las miradas, las sonrisas, habría que atraparlas al vuelo, tomarlas por sorpresa sobre el rostro de Maurice, y entonces todo sería como antes./ Continúo sangrando. Tengo miedo” (p. 269).

ga, que ya no la encuentra adorablemente maravillosa, sino que le devuelve una imagen ambivalente que a ella la divide automáticamente por dentro, a falta de otros recursos propios basados en la autonomía, la libertad y la independencia de los cuales Monique carece, puesto que la educación que ha recibido y el entorno social en el que se mueve fomentan justamente los valores contrarios: heteronomía, dependencia, sumisión a las convenciones, obediencia al varón, etc.. Ahora Monique reconoce que “ya no sé dónde está mi bien ni mi mal” (Beauvoir, 1968, p. 213).

Me ruboricé y me sentí mal. Maurice no me juzgaba nunca, era mi seguridad: ¡y aquí estoy ante él, culpable, qué miseria! (...) En presencia de Maurice ya no puedo dejar de sentirme ante un juez. Piensa de mí cosas que no me dice: eso me da vértigo. Me miraba en sus ojos tan tranquilamente. No me veía a mí misma más que por sus ojos: una imagen demasiado halagadora quizá, pero en la cual, a grandes rasgos, me reconocía. Ahora me pregunto: ¿A quién ve? (Ibid., pp. 204-205).

En un principio Monique está de acuerdo con la combinación de ambas relaciones que propone Maurice, siempre que la relación con Noëllie sea algo temporal: “Sin duda, [Maurice] espera conciliar nuestra vida y su aventura: si no va a durar mucho, está bien” (Ibid., p. 170). Pero cuando más tarde Maurice acaba confesándole a Monique que su relación con Noëllie dura dieciocho meses y no se trata de algo efímero, y de que en realidad su marido le es infiel con otras mujeres desde hace ocho años, los deseos enfrentados e irreconciliables de ambos protagonistas acaban haciendo que la tensión vaya *in crescendo* y que el conflicto estalle. Ambos comienzan a hacerse reproches mutuamente. Maurice le echa en cara la indiferencia de Monique hacia su carrera desde que se especializó hace unos diez años, tema por el cual según él sí se preocupa Noëllie³. Ella se confiesa a sí misma en su diario que hay

3 “-¡Oh!, de mi vida tu eliges algunas cosas y dejas de lado otras.

-¿Cómo es eso?

-Mi vida profesional: no parece concernirte. Jamás me hablas de ella.

Era un contraataque desleal. Sabe perfectamente que al especializarse avanzó por un terreno en el cual no puedo seguirlo.

-¿Qué podría decirte? Tus investigaciones me superan totalmente.

-Ni siquiera mis artículos de divulgación, no los lees...

-La medicina como ciencia nunca me ha interesado mucho. Lo que me apasionaba era la relación viva con los enfermos.

-Así y todo, podrías sentir curiosidad por lo que hago.

Había rencor en su voz. Le sonreí tiernamente.

parte de verdad en esta acusación⁴. Él la acusa también de ser “posesiva, imperiosa, abusiva tanto mis hijas como con él” (Ibid., p. 211), cuestionando así el papel de madre y esposa que es el único que ella se ha permitido realizar. Estas discusiones con Maurice hacen que Monique sienta su identidad cada vez más desgarrada y un extrañamiento de todo lo que le rodeaba y daba seguridad hasta entonces: “Todo se entremezcla en mi cabeza. Creía saber quién era yo, quién era él: y repentinamente ya no nos reconozco, ni a él ni a mí” (Ibid., p. 218); y, refiriéndose también a Maurice: “Todas las noches le llamo; no a él: al otro, al que me amaba” (Ibid., p. 219). Y siente su vida rota: “Mi vida anterior se ha desmoronado enteramente, como durante esos temblores de tierra en que el suelo se devora a sí mismo; se hunde a nuestra espalda a medida que uno huye. No hay retorno. La casa ha desaparecido, y la aldea y todo el valle.” (Ibid., p. 219). El propio Maurice se vuelve progresivamente un extraño a los ojos de Monique, también su relación, y ella misma: “Esa presencia familiar como mi propia imagen, mi razón de vivir, mi alegría, ahora es este extranjero, este juez, este enemigo” (Ibid., 232). También su relación con Maurice se ha vuelto extraña, cuando están juntos ahora ella se siente que como si fuesen dos desconocidos⁵.

-Es que te amo y te estimo más allá de todo lo que puedas hacer. Si te vuelves un gran sabio, célebre y todo, eso no me extrañará, seguramente eres capaz de eso. Pero confieso que a mis ojos eso no añadiría nada. ¿No me comprendes?

Él también sonrió:

-Claro que sí.

No es la primera vez que se queja de mi indiferencia ante su carrera, y hasta ahora no me sentía descontenta de que eso lo irritara un poco. De pronto me digo que es una torpeza. Noëllie lee sus artículos, los comenta, la cabeza algo inclinada, una sonrisa algo admirativa en los labios”. (Ibid., pp. 201-202).

4 “Celosa de su trabajo: debo reconocer que no es falso. Durante diez años, a través de Maurice hice una experiencia que me apasionaba: la relación del médico con el enfermo. Yo participaba, lo aconsejaba. Ese lazo entre nosotros, tan importante para mí, él ha preferido romperlo. Entonces, en asistir desde lejos, pasivamente, a sus progresos, confieso no haber puesto en ello casi ninguna buena voluntad. Me dejan fría, sí: lo que yo admiro en él es el ser humano, no el investigador. Pero castradora, la palabra es injusta. Solamente me negué a fingir entusiasmos que no sentía: a él le gustaba mi sinceridad. No quiero creer que haya herido su vanidad.” (Ibid., pp. 217-218).

5 “Yo creía en las parejas, porque creía en la nuestra. Ahora veía individuos dispuestos al azar uno enfrente del otro. De vez en cuando la vieja visión resucitaba; Maurice me parecía estar soldado a mi piel; era mi marido, como Colette mi hija, de una manera irreversible; una relación que puede olvidarse, pervertirse, pero nunca anularse. Y después, entre él y yo, ya no pasaba nada: dos extraños. Tenía ganas de gritar; todo es falso, es una comedia, es una parodia; beber champán juntos no es comulgar. Al volver a casa, Maurice me besó: «¿Fue una bonita noche, no es cierto?» Tenía aspecto contento y relajado. Dije que sí, naturalmente” (Ibid., p. 247).

Por su parte, Monique reprocha ahora a su marido el haber dedicado su vida a él y a sus hijas, pues ahora a los cuarenta y cuatro años se siente con “las manos vacías, sin profesión, sin otro interés que tú en la vida. Si me hubieras avisado hace ocho años, me habría organizado una vida independiente y aceptaría más fácilmente la situación” (Ibid., p. 233). Monique recuerda así: “Yo le amé cuando tenía veintitrés años, un futuro incierto, dificultades. Le amé sin garantías: renuncié a hacer una carrera yo misma. No lamento nada, por otra parte” (Ibid., 221). Sin embargo, ella parece comenzar a arrepentirse de haber vivido para su familia y no haberse preparado para tener un trabajo que ahora le pudiese proporcionar una vida independiente, y se pregunta: “¿Por qué me ha hablado ahora, y no antes? Desde todo punto de vista debería haberme prevenido. Yo también habría tenido asuntos. Y habría trabajado; hace ocho años, habría encontrado el valor de hacer algo; no habría ese vacío alrededor de mí. (...) Desde el momento en que dudó de sus sentimientos, debió impulsarme a construirme una vida independiente de él. Ella [Marie Lambert, la ginecóloga amiga de Isabelle a la que acude Monique para pedirle consejo sobre su situación con Maurice] supone, y yo también, que Maurice se calló para asegurar a sus hijas un hogar feliz. (...) Pero entonces es monstruoso: ha elegido para abandonarme el momento en que ya no tenía a mis hijas” (Ibid., p. 224).

Como analiza detalladamente S. de Beauvoir en *El segundo sexo*, la mujer occidental de la clase burguesa, como es el ejemplo de Monique en “La mujer rota”, ha sido educada fundamentalmente en que su única meta en la vida es el matrimonio, dedicar su vida enteramente al cuidado de los hijos y del marido. De acuerdo con Beauvoir, dentro de todas las posibles alternativas vitales, el matrimonio “es la única que permite a la mujer acceder sin más a su dignidad social íntegra y realizarse sexualmente como amante y madre. Ésta es la imagen con que su entorno encara el futuro, y ella también. Se admite de forma unánime que la conquista de un marido –o en algunos casos de un protector– es para ella la empresa más importante (...) Ella se liberará de la casa de sus padres, del dominio materno, se abrirá al futuro, no con una activa conquista, sino poniéndose pasiva y dócil entre las manos de un nuevo amo” (Beauvoir, 1949, p. 434). Para esta autora, “el drama del matrimonio es que no garantiza a la mujer la felicidad que promete –la felicidad no tiene garantías–, sino que la mutila, condenándola a la repetición y a la rutina” (Ibid., p. 626). En términos de la moral existencialista de Beauvoir, la mujer renuncia así a su posibilidad de trascendencia como sujeto, a través de la realización de proyectos personales que orienten su vida y su acción hacia el futuro, y, por el contrario, se sumerge en una

inmanencia, en una cosificación que la convierte en objeto, en pasividad, de tal modo que su único modo de actividad es el cuidado del espacio doméstico, que no logra según Beauvoir despegarla de la inmanencia, pues sigue anclándola en el presente, en tareas que son inesenciales como ella⁶. Esta renuncia a su libertad, esta claudicación a su trascendencia, a concebir su vida como proyecto, que de acuerdo con Beauvoir en el matrimonio tradicional es privilegio del varón, lleva a la mujer, como le ocurre a Monique, a desarrollar actitudes de resentimiento y exigencia respecto a aquellos a los que ha dedicado su vida: ella da todo, pero también exige todo, pues, como señala Beauvoir en *El segundo sexo*, “el resentimiento es la otra cara de la dependencia: quien lo da todo, nunca recibe bastante a cambio” (Beauvoir, 1949, p. 766). La tiranía así se hace recíproca, la dialéctica del amo-esclavo con la que compara Beauvoir la relación entre hombre y mujer se transforma alternativamente en sentido inverso: ambos sexos se hacen finalmente tiranos y esclavos a la vez en su relación, excluyéndose automáticamente de este modo la reciprocidad, igualdad y libre intercambio. Así les acaba ocurriendo a los dos personajes del relato de “La mujer rota”, Monique y Maurice, a lo largo de la evolución de su conflicto. Del siguiente modo explica este mecanismo de *tiranía recíproca* que tiende a desarrollarse en las relaciones de ambos sexos en el seno de la sociedad patriarcal:

(...) para que se haga realidad en su unión una aparente igualdad, él tiene que dar más porque tiene más. Y precisamente, si ella recibe, toma, exige, es porque es la más pobre. La dialéctica del amo y el esclavo encuentra aquí su aplicación más concreta: al oprimir pasa a ser oprimido. Los hombres

6 Beauvoir explicita en *El segundo sexo* que “la perspectiva que adoptamos es la de la moral existencialista. Todo sujeto se afirma concretamente a través de los proyectos como una trascendencia, sólo hace culminar su libertad cuando la supera constantemente hacia otras libertades; no hay más justificación de la existencia presente que su expansión hacia un futuro indefinidamente abierto. Cada vez que la trascendencia vuelve a caer en la inmanencia, se da una degradación de la existencia en un «en sí», de la libertad en facticidad; esta caída es una falta moral si el sujeto la consiente; si se le inflige, se transforma en una frustración y una opresión; en ambos casos, se trata de un mal absoluto. Todo individuo que se preocupe por justificar su existencia la vive como una necesidad indefinida de trascenderse. Ahota bien, lo que define de forma singular la situación de la mujer es que, siendo como todo ser humano una libertad autónoma, se descubre y se elige en un mundo en el que los hombres le imponen que se asuma como la Alteridad; se pretende petrificarla como objeto, condenarla a la inmanencia, ya que su trascendencia será permanentemente trascendida por otra conciencia esencial y soberada. El drama de la mujer es este conflicto entre la reivindicación fundamental de todo sujeto que siempre se afirma como esencial y las exigencias de una situación que la convierte en inesencial” (Beauvoir, 1949, p. 63).

están encadenados por su misma soberanía; porque son los únicos que ganan dinero, la esposa les exige cheques, porque son los únicos que encarnan la trascendencia, ella se la quiere robar haciendo suyos sus proyectos, sus éxitos. Y a la inversa, la tiranía ejercida por la mujer no hace sino manifestar su dependencia: sabe que el éxito de la pareja, su futuro, su felicidad, su justificación, descansan en manos ajenas; si trata de someterlo duramente a su voluntad es porque está alienada en él. Convierte en arma su debilidad (...) La esclavitud conyugal es más cotidiana y más irritante para el marido, pero es más profunda para la mujer. (Beauvoir, 1949, p. 629).

En relación a esta dialéctica del amo y del esclavo que según Beauvoir se da en el matrimonio tradicional, la autora señala que la mujer, al no dejar nunca de ser al final y al cabo conciencia, nunca consigue autoengañarse del todo y termina por acusar siempre la situación de dominación a la que se encuentra sometida, y esa rabia sostenida (esa “cólera impotente”, en términos de Beauvoir), termina por canalizarse contra el marido:

[La mujer] en general, no se resigna a resignarse (...) no se atreve a rebelarse; se somete a la fuerza: su actitud es una recriminación constante (...) su estilo más habitual es la queja (...). Un individuo libre asume sus propios fracasos, se hace cargo de ellos; pero a la mujer todo le viene de los demás: los demás son responsables de su desgracia. (...) Sabe que su malestar es más profundo que los pretextos que da, que no basta cualquier cosa para librarle de él; la toma con el mundo entero porque ha sido edificado sin ella y contra ella; desde la adolescencia, desde la infancia protesta contra su condición; le han prometido compensaciones, le han asegurado que si renunciaba a sus oportunidades en favor de los hombres se las devolverían centuplicadas, y se considera estafada; acusa a todo el universo masculino; el resentimiento es la otra cara de la dependencia: quien lo da todo, nunca recibe bastante a cambio. No obstante, necesita también respetar el universo masculino; se sentiría en peligro, sin techo sobre su cabeza, si lo cuestionara en su totalidad; por lo tanto, adopta la actitud maniquea que le sugiere su experiencia doméstica. (Ibid., p. 766)⁷.

⁷ En la misma línea explica Beauvoir esta tiranía que se genera en los dos sentidos: “La mujer que está confinada en la inmanencia trata de retener también al hombre en esta prisión; de esta forma se confundirá con el mundo y ya no sufrirá por estar encerrada: la madre, la esposa, la amante son carceleras; la sociedad codificada por los hombres decreta que la mujer es inferior; ella no puede abolir esta inferioridad si no destruye la superioridad viril. Se afana en mutilar, en dominar al hombre, lo contradice, niega su verdad y sus valores. No hace más que defenderse; ni una esencia inmutable ni una elección culpable la condenan a la inmanencia, a la inferioridad. Le han sido impuestas. Toda opresión crea un estado de guerra. Este caso no es una excepción. El existente que se considera como inessential no puede dejar de pretender restablecer su soberanía” (Ibid., p. 888). En la vivencia de

En “La mujer rota”, Monique es por fin consciente de que Maurice no va a renunciar a Noellie. Decide no pasar con él las vacaciones de invierno y que éste se vaya con su amante. Se queda en la casa sola y siente que su vida sin él se ha quedado vacía, sin sentido, y su identidad, “hueca”:

Miro las gotas de agua deslizarse sobre el cristal que hace poco golpeaba la lluvia. No caen verticalmente; parecerían gusanitos que por razones misteriosas fueran oblicuamente a la derecha, a la izquierda, filtrándose frente otras gotas inmóviles, deteniéndose, continuando como si buscaran algo. Me parece no tener nada que hacer. Siempre tenía algo que hacer. Ahora, tejer, cocinar, escuchar un disco, todo me parece vano. El amor de Maurice daba importancia a cada momento de mi vida. Es hueca. Todo es hueco: los objetos, los instantes. Y yo. (Beauvoir, 1968, pp. 238-239).

Ella trata de comprender insistentemente las causas de la infidelidad de su Maurice, y pasa alternativamente de echarle la culpa a la amante o a sí misma, por no haber puesto todos los cuidados necesarios en la relación:

Esta mañana he tenido una iluminación: todo es culpa mía. Mi error más grave ha sido no comprender que *el tiempo pasa*. Pasaba y yo estaba pasmada en la actitud de la ideal esposa de un marido ideal. En lugar de reanimar nuestra vida sexual, yo me fascinaba con el recuerdo de nuestras noches pasadas. Me imaginaba haber conservado mi rostro y mi cuerpo de treinta años, en lugar de cuidarme, de hacer gimnasia, de acudir a un instituto de belleza. Dejé que mi inteligencia se atrofiara; ya no me cultivaba, me decía; más tarde, cuando las niñas se hayan ido (...) Sí, la joven estudiante con que Maurice se casó, que se apasionaba por los acontecimientos, las ideas, los libros, era muy diferente de la mujer de hoy cuyo universo cabe entre estas cuatro paredes. Es verdad que tenía tendencia a encerrar entre ellas a Maurice. Creía que su hogar le bastaba, creía tenerlo todo para mí. (Ibid., pp. 239-240).

Sin saber cómo reconstruir su mundo, su identidad y su vida en definitiva, una vez comprobado que los recursos y consignas de la moral burguesa en

su opresión, “la mujer busca un responsable contra el que se pueda indignar concretamente: el marido es una víctima perfecta. En él se encarna el universo masculino, a través de él la sociedad masculina se ha apoderado de la mujer y la ha estafado; él soporta el peso del mundo y si las cosas salen mal, es culpa suya. Cuando vuelve por la noche, su mujer se queja (...): quiere que se sienta culpable. A veces tiene quejas concretas contra él, pero es culpable ante todo de ser un hombre; él puede tener también sus enfermedades, sus preocupaciones, pero «no es lo mismo»; él disfruta de un privilegio que ella vive constantemente como una injusticia” (Ibid., p. 767).

la que ha sido socializada no funciona para conseguir su deseo, que es recuperar a Maurice, Monique comienza a abandonarse. Al dejar de sentir ser alguien importante a los ojos de Él, ahora se siente que no es nada. Sin Maurice, Monique siente que su vida carece de proyectos, de futuro, al haber construido su vida enteramente desde la heteronomía: “Me siento tan deshecha por la mañana que, si la criada no viniera a las diez, me quedaría en cama todos los días (como hago los domingos) hasta pasado el mediodía, o a lo mejor, cuando Maurice no viene a almorzar, todo el día” (Ibid., p. 219). Ella comienza a caer, a dejarse caer y a seguir cayendo. Y siente que su vida cotidiana ha dejado de tener un sentido: “El espantoso descenso al fondo de la tristeza. Por lo mismo que se está triste, no se tienen ganas de hacer nada alegre. Ya nunca pongo un disco cuando me levanto. Ya nunca escucho música, no voy al cine, no me compro nada que me guste. Me he levantado al oír llegar a la señora Dormoy. He tomado mi té, he comido una tostada por hacerle un favor. Y miro esta jornada todavía que voy a tener que vivir.” (Ibid., p. 231).

Al sentir que su vida y ella misma carecen de valor –el valor que antes Él le ponía a ella, a su vida y al mundo que en general les rodeaba–, Monique empieza así un proceso de abandono de sí misma, comenzando por su cuerpo: deja de comer, de arreglarse, de atender a su higiene personal. Su cuerpo también sufre por dentro, y también se rebela o se culpa, en todo caso se ve directamente afectado por lo que está ocurriendo en su vida (“los bocados no me pasan” (Ibid., p. 220; “He vuelto a sangrar esta mañana, quince días antes de lo que hubiera debido” (Ibid., p. 264); “Continúo sangrando. ¡Si mi vida pudiera escaparse de mí sin que tenga que hacer el menor esfuerzo para eso!” (Ibid., p. 267); “Continúo sangrando. Tengo miedo” (Ibid., p. 269). Como observa Marta Segarra, tanto en la obra de Sartre como en la de Beauvoir “el cuerpo femenino aparece polarizado en dos actitudes contrapuestas: la identificación del personaje con su propio cuerpo y el rechazo hacia el mismo. Esta identificación y este rechazo significan dos valoraciones opuestas, pero compatibles, del cuerpo femenino” (Segarra, 1998, p. 166). Monique alterna somníferos, sedantes, alcohol, estimulantes, que le permitan evadirse o anesthesiarse de una realidad personal para la que no ve una salida –sin embargo, excluye la idea del suicidio (“está excluido, no quiero morir” (Beauvoir, 1968, p. 250), al contrario que otras protagonistas femeninas de la literatura como por ejemplo Anna Karenina o Emma Bovary):

He elegido enterrarme en mi sepulcro; ya no veo el día ni la noche; cuando ando demasiado mal, cuando todo se vuelve intolerable, trago alcohol,

sedantes o somníferos. Cuando va un poco mejor, tomo estimulantes y me zambullo en una novela policíaca: estoy bien abastecida. Cuando el silencio me ahoga, enciendo la radio y me llegan de un planeta lejano voces que apenas comprendo: ese mundo tiene su tiempo, sus horas, sus leyes, su lenguaje, preocupaciones, diversiones que me son radicalmente extraños. ¡A qué grado de abandono se puede llegar cuando se está totalmente solo, encerrado! La habitación apesta a tabaco y a alcohol, hay ceniza por todas partes, estoy sucia, las sábanas están sucias, el cielo está sucio, los cristales están sucios, esta suciedad es un caparazón que me protege, no saldré de ella nunca más. Sería fácil deslizarse algo más lejos en la nada, hasta el punto sin retorno. En mi cajón tengo lo que hace falta. ¡Pero no quiero, no quiero! ¡Tengo cuarenta y cuatro años, es demasiado pronto para morir, es injusto! Ya no puedo vivir más. No quiero morir. (Ibid., pp. 251-252).

Finalmente, Monique acaba por darse cuenta de lo inútiles que han sido las estrategias de aguantar y ceder, de controlarse y de la “táctica de la sonrisa” aconsejadas por sus paralelas amigas Diana e Isabelle, y se lo reprocha a esta última: “Isabelle anteayer...Estuve agresiva con ella. Le reproché haberme dado malos consejos. Desde el primer día cedí todo, aguanté todo. Resultado: Maurice y Noëllie me tratan como un trapo” (Ibid., p. 261).

Maurice ya casi no pasa tiempo con Monique, sino solamente con su amante. Sin embargo, Monique se siente incapaz de tomar la decisión de romper totalmente con su marido, aunque su misma hija Colette se lo recomienda. Y esta indecisión le hace seguir cayendo, todavía un poco más. La estatuilla egipcia que en su día compraron juntos y que de alguna manera es símbolo de ella misma y de la relación que *antes* tenía con Maurice, se ha roto y, aunque ahora parece que vuelve a estar bien pegada, de algún modo sigue rota por dentro, como la misma Monique:

Miro mi estatuilla egipcia: está bien pegada. La habíamos comprado juntos. Estaba toda penetrada de ternura, de azul del cielo. Ahí está desnuda, desolada; la tomo en mis manos y lloro. Ya no puedo ponerme el collar que Maurice me había regalado cuando cumplí cuarenta años. A mi alrededor, todos los objetos, todos los muebles han sido raspados por un ácido. No queda otra cosa que una especie de esqueleto, lastimoso.

Pierdo los estribos. Caigo más abajo, siempre más abajo. (Ibid., pp. 263-264).

Monique se siente incapaz de hacer las cosas sola, ahora que no siente a Maurice a su lado como antes: “Hubo un tiempo en el que podía ir al cine, incluso al teatro, sola. Es que no estaba sola. Estaba su presencia en mí y alrededor de mí. Ahora, cuando estoy sola, me digo: «Estoy sola». Y tengo miedo” (Ibid., p. 268). Monique duda de sí misma y se culpa de la situación

a la que ha llegado con Maurice. Se pregunta si ella misma no intenta en el fondo con su comportamiento de abandono -de la que él le anima mediante palabras a salir- ejercer una tiranía sobre su marido para conseguir así que se compadezca y vuelva con ella:

-No puedes continuar así -me dijo [Maurice].
 -¿Continuar qué?
 --Sin comer, sin vestirme, enterrándote en este apartamento.
 -¿Por qué no?
 -Te pondrás enferma. O chiflada. No puedo ayudarte, porque yo soy la causa. Pero te lo suplico, que te vea un psiquiatra.
 Dije que no. Insistió. Al final se impacientó.
 -¿Cómo quieres salir de esto? No haces nada.
 -¿Salir de qué?
 -De este marasmo. Se diría que te hundes a propósito.
 Se encerró en su escritorio. Piensa que le hago una especie de chantaje, para aterrarlo y evitar que me deje. Quizá tenga razón. ¿Es que sé quién soy? Quizás una especie de sanguijuela que se alimenta de la vida de los otros: la de Maurice, la de nuestras hijas, la de todos esos pobres “perros falderos” a los que pretendía ayudar. Una egoísta que rehúsa soltar la presa; bebo, me abandono, me hago la enferma con la intención inconfesada de enternecerlo. Enteramente engañada, podrida hasta los huesos, haciendo comedias, explotando su lástima. Debería decirle que viva con Noëllie, que sea feliz sin mí. No lo logro. (Ibid. 268-269).

Maurice le habla entonces a Monique de irse a vivir solo durante un tiempo a un apartamento, lo que Monique ve como la antesala para que la deje a ella y se vaya definitivamente a vivir con Noëllie. Monique sigue abandonándose⁸ y sigue cayendo hasta tocar fondo: “«Cuando se está tan bajo no se puede más que subir», dice Marie Lambert. ¡Qué estupidez! Siempre se puede descender más bajo, y todavía más, y todavía más bajo. Es sin fondo. Dice eso para desembarazarse de mí. Está harta de mí. Todos están hartos. Las tragedias están bien un momento, uno se interesa, uno

8 “¡Qué valentía inútil para las cosas más simples, cuando se ha perdido el gusto de vivir! Por la noche, preparo la tetera, la taza, el hervidor, dispongo cada cosa en su lugar para que por la mañana la vida prosiga con el menor esfuerzo posible. Y así y todo es casi insuperable salir de entre las sábanas, comenzar el día. Hago venir a la criada al mediodía para poder quedarme en la cama todo lo que quiero por la mañana. A veces me levanto justo cuando Maurice vuelve a la una para almorzar. O si no vuelve, justo cuando la señora Dormoy hace girar la llave en la cerradura. Maurice frunce el ceño cuando lo recibo a la una, en salto de cama, despeinada. Piensa que le hago la comedia de la desesperación. O que, al menos, no hago el esfuerzo necesario para «vivir correctamente» la situación.” (Beauvoir, 1968, p. 267).

tiene curiosidad, se siente bueno. Y después se repite, se atasca, se vuelve fastidioso; es tan fastidioso, incluso para mí” (Ibid., pp. 269-270). Ahora que ya no se ve maravillosa en el espejo para ella ha sido hasta entonces su marido, Monique siente que ha perdido su identidad: “para mí nada más que Maurice cuenta. Yo, ¿qué es eso? Nunca me he preocupado mucho de mí. Estaba garantizada, puesto que me amaba. Si ya no me ama...” (Ibid., p. 271). Él era el que para Monique daba nombre al mundo, el que ponía valor a las cosas, y también a ella:

Un hombre ha perdido su sombra. No sé ya lo que le pasaba, pero era terrible. Yo he perdido mi imagen. No la miraba a menudo, pero, en el fondo estaba allí, tal como Maurice la había pintado para mí. Una mujer directa, verdadera, “auténtica”, sin mezquindad ni compromiso pero comprensiva, indulgente, sensible, profunda, atenta a las cosas y a la gente, apasionadamente entregada a los seres que amaba y creando para ellos la felicidad. Una hermosa vida, serena y plena, “armoniosa”. Está oscuro, ya no veo. ¿Y qué ven los otros? Quizás algo horrible. (Ibid., p. 270).

Tanto Maurice como Marie Lambert aconsejan a Monique que vaya a ver a un psiquiatra, a lo que ella finalmente accede (“He terminado por doblegarme a ellos. Tenía miedo de mi sangre que huía. Miedo del silencio. Había tomado la costumbre de telefonear a Isabelle tres veces por día, a Colette en medio de la noche. Entonces ahora yo pago a alguien para que me escuche, es para morirse de risa” (Ibid., pp. 270-271). El psiquiatra sugiere a Monique que vuelva a escribir su diario y que se aleje un tiempo de su marido; ella acepta también un trabajo por consejo de él, pero al poco tiempo lo deja: “He obedecido al psiquiatra, he aceptado el trabajo. Voy a la sala de periódicos de la Nationale a expurgar viejas revistas médicas por cuenta de un tipo que escribe sobre la historia de la medicina. No sé en qué puede resolver esto mis problemas. Cuando tengo listas dos o tres fichas por día, no experimento ninguna satisfacción” (Ibid., p. 273).

Monique vuelve a cuidar poco a poco de su cuerpo, símbolo de sí misma, siguiendo así como indica Segarra ese juego simultáneo o alternativo de identificación y rechazo que aparecen en los personajes literarios de Beauvoir (Segarra, Op.Cit.):

La hemorragia se ha detenido. Y logro comer un poco. La señora Dormoy resplandecía, ayer, porque me había tragado todo su suflé de queso. Me conmueve. Durante esta larga pesadilla de la que emerjo apenas, nadie ha sido más acogedor que ella. Cada noche encontraba sobre mi almohada un camisón bien planchado. Entonces, a veces, en lugar de acostarme

completamente vestida, me ponía el camisón que por su blancura me obligaba a higienizarme. Ella me decía por la tarde: “Le he preparado un baño” y yo lo tomaba. Inventaba platos apetitosos. Sin nunca un comentario ni una pregunta. Y yo tenía vergüenza, tenía vergüenza de dejarme llevar siendo como soy rica y ella no teniendo nada. (Ibid., p. 272).

El conflicto de las fuerzas actanciales puestas en juego en este relato (el deseo de Maurice de combinar equilibradamente ambas relaciones, con Monique y Noëllie, y el deseo de Monique de que su marido deje a la amante y vuelva con ella) llega a su máximo punto de tensión. Ambos personajes se dan cuenta de que sus deseos enfrentados son irreconciliables. Maurice reconoce que “esperaba arreglármelas entre Noëllie y tú. Me vuelvo loco. Ya ni siquiera logro trabajar” (Ibid., p. 275). La evolución de la historia se desarrolla entonces de la siguiente manera: Mientras Maurice se muda finalmente solo a un apartamento, los demás (Maurice, el psiquiatra, las hijas) convencen a Monique para que se vaya a pasar unos días a Nueva York, donde reside su hija Lucienne. Son así los otros, los demás, los que toman las decisiones de su vida por ella misma. Ella no tiene capacidad de autonomía, ya no es dueña de sí misma, tampoco de sus conflictos: “Maurice y Colette me llevaron al aeropuerto, estaba atiborrada de tranquilizantes. Lucienne se haría cargo de mí al llegar: un equipaje que no cambia de depósito, una inválida, o una retrasada. Dormí, no pensé en nada y aterricé en la niebla” (Ibid., p. 277).

En Nueva York, Monique pasa unos días con su hija Lucienne. Así interpreta ésta la situación que está atravesando su madre: “-Es una cuestión estadística. Cuando apuestas al amor conyugal, te adjudicas una oportunidad de quedarte plantada a los cuarenta años, con las manos vacías. Sacaste un número malo; no eres la única” (Ibid., p. 279). Antes de volver a París, Monique se siente “como en una ciénaga. Todo es tragado por el cieno” (Ibid., p. 284). Su identidad y los criterios a través de los que percibía y juzgaba el mundo se han tambaleado, hasta caerse al final de este proceso, pues el punto de referencia único a través del que Monique había construido su mundo de certezas era su marido Maurice, y al “fallarle” este punto de apoyo, le ha fallado todo lo demás:

Advierto sólo ahora cuánta estima tenía en el fondo por mí misma. Pero todas las palabras por las cuales intentaría justificarla, Maurice las ha asesinado; el código según el cual yo juzgaba a los otros y a mí misma, él lo ha repudiado. Nunca había soñado en contestarle, es decir, en contestarme. En el presente me pregunto: ¿a título de qué preferir la vida interior a la vida mundana, la contemplación a las frivolidades, la devoción a la

ambición? No tenía otra cosa sino crear felicidad alrededor de mí. No he hecho feliz a Maurice. Y mis hijas tampoco lo son. ¿Entonces? No sé nada. No solamente quién soy sino cómo habría de ser. El negro y el blanco se confunden, el mundo es un magma y no tengo ya contornos. ¿Cómo vivir sin creer en nada, ni en mí misma? (Ibid., p. 284).

Monique vuelve finalmente sola a París, Maurice ya se ha mudado y ya no está en el apartamento que antes compartía con su marido: “A mi alrededor, la noche está siempre tan espesa” (Ibid., p. 285). Al llegar al apartamento, tras todo lo sucedido y con Maurice ahora ausente en él, Monique siente así ahora el espacio en el que antes ambos vivieron, un espacio con “ventana negra” y “puertas cerradas”:

Heme aquí. Colette y Jean-Pierre me esperaban. Cené en su casa. Me han acompañado hasta aquí. La ventana estaba negra; siempre estará negra. Subimos la escalera, ellos dejaron las maletas en el salón. No quise que Colette se quedara a dormir: tendré que acostumbrarme. Me he sentado delante de la mesa. Estoy sentada. Y miro esas dos puertas: el despacho de Maurice; nuestra habitación. Cerradas. Una puerta cerrada, algo que acecha detrás. No se abrirá si no me muevo; jamás. Detener el tiempo y la vida. (Ibid., p. 285).

Pero Monique sabe que el siguiente paso será reaccionar positivamente y atreverse a abrir esa puerta del porvenir, en donde tendrá que afrontar el reto de iniciar una nueva vida, olvidándose de su pasado y no dejándose atrapar por él, y construyendo un nuevo mundo, esta vez desde sí misma y su capacidad de autonomía. Del siguiente modo termina el relato con un final abierto:

Pero sé que me moveré. La puerta se abrirá lentamente y veré lo que hay detrás de la puerta. Es el porvenir. La puerta del porvenir va a abrirse. Lentamente. Implacablemente. Estoy en el umbral. No hay más que esta puerta y lo que acecha detrás. Tengo miedo. Y no puedo llamar a nadie en mi auxilio. Tengo miedo. (Ibid., p. 286).

De este modo, como el mismo título pone de manifiesto, “La mujer rota” describe la trayectoria vital que recorre una mujer que se rompe, cómo trata en un primer momento de reconstruir su identidad a partir de los recursos y postulados de la moral patriarcal burguesa en la que ha sido socializada, y cómo este intento fallido la coloca finalmente en un nuevo punto, a partir del cual, en un final abierto, se hace por fin consciente de que tendrá que iniciar un camino de búsqueda personal, esta vez sola, a partir

de sus propios recursos y de la posibilidad de desarrollar su capacidad de autonomía y elección de su propio destino desde criterios personales. Por ello, poco antes de regresar a París, Monique escribe “ahora soy una muerta” (Ibid., p. 284), como una semilla que primero tiene que morir para luego volver a nacer, esta vez desde otro lugar, desde otras creencias e ideales morales construidos y descubiertos por sí misma, autónomamente, y ya no desde la mirada de un hombre, en este caso de su marido.

Por otro lado, las dos hijas de Monique y Maurice, Colette y Lucienne, representan también dos polos opuestos de modelos de mujer. Siguiendo de algún modo los pasos de su madre, Colette dejó sus estudios cuando se casó con su marido Jean-Pierre. Aún así, Monique se preocupa por estas decisiones que ha tomado en su vida: “¿Qué va a hacer todos los días? Debería aprobarla; ha escogido la misma vía que yo: pero yo tenía a Maurice. Ella tiene a Jean-Pierre, evidentemente. Un hombre al que no se ama es difícil imaginar que basta para colmar una vida” (Ibid., pp. 158-159). Lucienne representa de algún modo el otro polo, siguiendo en este caso el modelo de su padre, que es con el que mejor se lleva de ambos progenitores: se ha independizado y vive sola en Estados Unidos, donde prosigue sus estudios. Sin embargo, para Monique ninguna de ellas es realmente feliz. De este modo, en “La mujer rota” no aparecen modelos positivos de mujer, sino más bien sólo arquetipos negativos, que representarían (más bien) a la “mujer real”. Esta cuestión de no presentar arquetipos positivos femeninos en sus obras ha sido objeto de críticas hacia Beauvoir, a las que esta autora ha respondido afirmando que su propósito ha sido describir a las mujeres “tal como son” en las actuales situaciones de opresión en las que viven, y cómo viven tales situaciones, con sus posibilidades y limitaciones, y no describir a la “mujer ideal”. Como sostiene esta pensadora en una entrevista:

I wanted to describe women such as they are, and not as they should be. actually, there are very, very few truly liberated women. I don't know if there's a single one. I don't know if there are even any men who are really completely liberated. Everybody is alienated in some way or other. But, anyway, I wanted to take typical women, like the ones I know, as they are, and not an ideal woman. (...) I didn't want to have positive heroines. That genre of writing –too moralizing, too didactic– irritates me. I've been much more interested in women who are much more divided, that is, more in conformity with the way women generally are. I didn't want to portray really exceptional women. (Susan J. Brison, 2003, p. 194).

En términos semejantes se expresa Beauvoir al explicar el sentido de sus obras literarias, en concreto *La mujer rota*, su propósito de no mora-

lizar, sino más bien de empatizar con otras vidas, comunicar a los lectores ciertas experiencias en las que ella misma ha participado, de acuerdo con su especial interés por las vidas de aquellas mujeres que se esfuerzan por superar las dificultades de su situación, de cómo afrontan las partes de fracaso que por otro lado son normales en cualquier existencia contemplada en su totalidad. En palabras de esta autora:

La femme rompue est la victime stupéfaite de la vie qu'elle s'est choisie: une dépendance conjugale qui la laisse dépouillée de tout et de son être même quand l'amour lui est refusé. On chercherait en vain des moralités dans ces récits; proposer des leçons, non; mon intention était tout autre. On ne vit qu'une vie mais par la sympathie on peut parfois sortir de sa peau. J'ai souhaité communiquer à mes lecteurs certaines expériences auxquelles j'ai ainsi participe. Je me sens solidaire des femmes qui ont assumé leur vie et qui luttent pour la réussir; mais cela ne m'empêche pas –au contraire– de m'intéresser à celles qui l'ont plus ou moins manqué et, de manière générale, à cette part d'échec qui il y a dans toute existence. (Francis y Gontier, 1979, p. 232).

Sin embargo, como sugiere Beauvoir en otras ocasiones, describir la realidad, en este caso la situación concreta en la que vive la mujer occidental contemporánea, constituye el primer paso o paso previo para la transformación de esa situación desde otros criterios éticos. Pues a partir de la toma conciencia de la situación de opresión en la que vive determinado grupo de individuos, en este caso las mujeres, pueden planificarse acciones para cambiar esa situación. En este sentido, desde el punto de vista de Beauvoir, “when you give a name to oppression, to stupidity, to justice, you've already made them felt and that leads to a desire of change (...) The idea of committed literature is perhaps the notion of literature not only as a commitment, but as an act, a certain act, without of course exaggerating the possibilities of literary action” ((Susan J. Brison, 2003, pp. 195-196).

En este sentido, en *El segundo sexo*, especialmente en la segunda parte de la obra, aunque Beauvoir se dedica a analizar pormenorizadamente cómo viven las mujeres la situación de opresión en la sociedad patriarcal que configura su circunstancia, también da pautas acerca de los principios morales que deberían orientar la construcción de la identidad del individuo, tanto femenina como masculina, así como las relaciones entre ambos sexos. Así por ejemplo, los valores de igualdad, libertad, reciprocidad, generosidad, libre intercambio, etc., deberían constituir el núcleo ético normativo que orientase la construcción de la sociedad futura y liberase a los hombres y mujeres de su actual condición de dominación-subordinación, en definitiva aliena-

ción recíproca. Por ello, autoras como Teresa López Pardina o Celia Amorós enmarcan la obra de S. de Beauvoir en continuidad con el pensamiento ilustrado: “*El segundo sexo*, que es el ensayo de una filósofa existencialista, se encuadra en el marco más amplio de un pensamiento ilustrado que toma de la Ilustración precisamente sus aspectos positivos, emancipatorios; ante todo, una concepción igualitaria de los seres humanos según la cual la diferencia de sexos no altera su radical igualdad de condición” (Teresa López Pardina, 2005, p. 7), de ahí que esta autora considere que “el de Beauvoir es un feminismo ilustrado (...) y radical, es decir, que propone soluciones finales, no intermedias” (Ibid., p. 34). En la misma línea, Celia Amorós considera “el existencialismo, marco interpretativo general en el que se inscribe la obra de Beauvoir, como una radicalización de la tradición ilustrada que habría cobrado una expresión emblemática en el *sapere aude!* De Kant. Pero la autora de *El segundo sexo* lleva a cabo, a la vez que una operación de radicalización de la exigencia emancipatoria ilustrada, una maniobra de ampliación de la misma al destinatario coherente con el sentido mismo de su programa, es decir, a la totalidad de la especie incluyendo a las eternas menores, al «segundo sexo»” (Celia Amorós, 2005, p. 339).

La crítica que hace Beauvoir al matrimonio en *El segundo sexo* expuesta anteriormente se refiere fundamentalmente a la institución tradicional, que en su opinión oprime tanto al hombre como a la mujer (“Los individuos no son responsables del fracaso del matrimonio (...) es la propia institución la que está pervertida desde sus cimientos” (Beauvoir, 1949, pp. 627-628). Pero para esta autora existen otras alternativas de la relación entre ambos sexos, basadas en la libertad, la igualdad, la fraternidad, y afirma que “esta pareja equilibrada no es una utopía” (Ibid., p. 627), pues “son posibles muchísimos matices en las relaciones de un hombre y una mujer: en la camaradería, el placer, la confianza, la ternura, la complicidad, el amor, pueden ser el uno para el otro la fuente más fecunda de alegría, de riqueza, de fuerza, que se le puede ofrecer a un ser humano” (Id.). Beauvoir señala en este sentido que la posibilidad de una “vida en común de dos seres libres es un enriquecimiento para ambos, y en las ocupaciones de su cónyuge cada cual encuentra una garantía de su propia independencia; la mujer autosuficiente libera a su marido de la esclavitud conyugal que era el precio de la suya” (Ibid., p. 865). En *El segundo sexo*, Beauvoir muestra de modo insistente el carácter culturalmente construido de la condición tanto de la mujer como del hombre dentro de las sociedades occidentales, así como de las relaciones que tienden a establecerse entre ambos. Éstas son por tanto contingentes, arbitrarias, no naturales ni necesarias, y en están además en constante

proceso de transformación. Lo más importante en este punto es que no son las únicas concebibles, en el sentido de que es posible por tanto imaginar y llevar a cabo en la realidad otras formas de identidad y de relación de género más igualitarias. El matrimonio tradicional basado en consignas patriarcales, que suponen la alienación de ambos individuos, no es la única forma posible de pareja; en este sentido afirma con esperanza Beauvoir al final de *El segundo sexo* que “cuando quede abolida la esclavitud de la mitad de la humanidad y todo el sistema de hipocresía que supone, la «sección» de la humanidad revelará su auténtico significado y la pareja humana recobrará su verdadera imagen” (Ibid., p. 902).

Sin embargo, Beauvoir también analiza las *dificultades* que implica el cumplimiento de estos principios de igualdad, libertad, reciprocidad, en las relaciones entre mujeres y hombres, cuestión sobre la que reflexiona especialmente en la última parte de *El segundo sexo*, “Hacia la liberación”, donde profundiza sobre el arquetipo de “La mujer independiente”. Para Beauvoir, la mujer que en la sociedad contemporánea trata de construir su vida de forma autónoma e independiente, se encuentra por lo general escindida entre la moral tradicional en la que ha sido generalmente educada y que corrobora todavía su entorno social –en términos de esta autora, las características que configuran la “situación” concreta de la mujer– y sus aspiraciones a un modelo de desarrollo de identidades y de relaciones de género más igualitario, basado en una igualdad de oportunidades de emancipación y trascendencia para ambos sexos, que todavía se halla en proceso de construcción: “la mujer independiente está actualmente dividida entre sus intereses profesionales y sus inquietudes de su vocación sexual; le cuesta encontrar un equilibrio; si lo consigue es a cambio de concesiones, sacrificios, acrobacias que exigen de ella una tensión perpetua” (Ibid., p. 868). De ahí la dificultad a la hora de juzgar moralmente, como también ocurre en el caso de Monique, protagonista de “La mujer rota”, hasta qué punto las condiciones características de la situación en la que vive la mujer la hacen responsable de su emancipación efectiva; en términos de Beauvoir, hasta qué punto se trata de una “falta moral” o “mala fe”, o, por el contrario, de una situación de opresión y frustración que impone unos obstáculos infranqueables para la mujer en búsqueda de su liberación –aunque en ambos casos se trate para Beauvoir de un mal moral absoluto (Beauvoir, 1949, p. 63).

La consecución de una ética igualitaria en las relaciones de género implica para Beauvoir en este sentido la necesidad de que cada uno de los sexos debe renunciar a los privilegios o ventajas que le han sido conferidas culturalmente por el hecho de pertenecer a determinado sexo (Cf. Beauvoir,

1949, p. 55, pp. 627-628, p. 852, pp. 888-990). La primera condición según Beauvoir para la liberación de la mujer es la independencia económica (Cf. Beauvoir, 1949, p. 851), pero también señala que cuando las mujeres han alcanzado la autonomía económica, “sólo han recorrido la mitad del camino. La mujer que se libera económicamente del hombre no está por ello en una situación moral, social, psicológica idéntica a él” (Id.), puesto que, como apunta esta autora, para el cumplimiento de la igualdad hacen falta cambios de mentalidades, creencias y representaciones sociales más profundos, en donde la educación desempeña un papel esencial⁹. Sin embargo, para Beauvoir este proceso de cambio hacia una sociedad más igualitaria en las relaciones de género ya está en marcha de modo imparable y se muestra optimista ante las posibilidades todavía impensadas a las que puede dar lugar (cf. Beauvoir, 1949, p. 901).

Pero esta tarea de construcción de una sociedad más igualitaria es una tarea que, como señala Beauvoir, atañe a todos los individuos, hombres y mujeres, pues “esta liberación sólo puede ser colectiva” (Ibid., p. 896). La consecución de unas relaciones de género basadas en la igualdad, la libertad y la reciprocidad, supondría para Beauvoir beneficios para ambos sexos, pues, como ya señalaron autores como John Stuart Mill y Harriet Taylor como pioneros en la defensa de la emancipación de la mujer y la denuncia de su sometimiento al varón (J. S. Mill y H. Taylor, 2000), las relaciones de dominación y subordinación terminan por degradar moralmente a ambas partes, tanto a la parte oprimida como a la opresora –que además, como vimos anteriormente, en Beauvoir, la particular dialéctica amo-esclavo que se desarrolla entre hombres y mujeres en el seno de la sociedad patriarcal, tiende a convertirse finalmente en un perverso juego de tiranía recíproca.

Se trata, por tanto, finalmente, como señala Beauvoir, de incidir en todos aquellos rasgos en los que, por encima y más allá de distinciones sexuales –plausiblemente también construidas culturalmente, como ha puesto de relieve Judith Butler (2001)–, confieren a mujeres y hombres su condición común de seres humanos:

El hecho de ser un ser humano es infinitamente más importante que todas las singularidades que diferencian a los seres humanos; las circunstancias

⁹ Así afirma Beauvoir que “ciertamente, no hay que creer que baste modificar su condición económica para que la mujer se transforme: este factor ha sido y sigue siendo el factor primordial de su evolución; pero mientras no se hayan producido las consecuencias morales, sociales, culturales, etc., que anuncia y exige, no podrá surgir la mujer nueva” (Beauvoir, 1949, p. 896).

nunca confieren una superioridad (...) En ambos sexos se vive el mismo drama de la carne y el espíritu, de la finitud y la trascendencia; los dos están devorados por el tiempo, los acecha la muerte, tienen una misma necesidad esencial del otro; y pueden encontrar la misma gloria en su libertad; si supieran apreciarla, no tratarían de disputarse falsos privilegios; y entonces podría nacer la fraternidad entre ellos. (Beauvoir, 1949, p. 899).

Bibliografía

- Amorós, Celia, “Simone de Beauvoir: entre la vindicación y la crítica al androcentrismo”, en Celia Amorós, *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias para las luchas de las mujeres*, Madrid, Cátedra, 2005, pp. 335-360.
- Ariño, Amparo, “Simone de Beauvoir: una libertad para la acción”, en Rosa María Rodríguez Magda (Coord.), *Mujeres en la historia del pensamiento*, Barcelona, Anthropos, 1997, pp. 195-225.
- Beauvoir, Simone de, *La mujer rota*, Barcelona, Edhasa, (1968), 2007.
- Beauvoir, Simone de, *El Segundo sexo*, Madrid, Cátedra (1949), 2005.
- Brisson, Susan J, “Beauvoir and feminism: interview and reflections”, en Claudia Card (Ed.), *The Cambridge Companion to Simone de Beauvoir*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 189-207.
- Butler, Judith, *El género en disputa. Feminismo la subversión de la identidad*, Barcelona, Paidós, 2001.
- Francis, Claude y Gontier, Fernande: *Les écrits de Simone de Beauvoir*, París, Gallimard, 1979, pp. 230-236.
- Fullbrook, Edward y Fullbrook, Kate, *Simone de Beauvoir. A Critical Introduction*, Polity Press, Cambridge, 1998.
- Gilligan, Carol, *In a Different Voice. Psychological Theory and Women's Development*, Cambridge, Harvard University Press, 1982.
- López Pardina, Teresa, “Prólogo a la edición española” a Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*, Madrid, Cátedra, 2005, pp. 7-34.
- Segarra, Marta, “El cuerpo contra el lenguaje: Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre”, en Àngels Carabí y Marta Segarra (Eds.), *Belleza escrita en femenino*, Barcelona, Centre de Dona i Literatura, Col. Mujeres y Literaturas, 1998, pp. 165-174.
- Stuart Mill, John y Taylor, Harriet, *Ensayos sobre la igualdad de sexos*, Madrid, A. Machado Libros, 2000.